

# Cabezas verdes, manos azules

Paul Bowles



Esta obra es una atractiva recopilación de crónicas de viaje que transportará al lector a lugares de los que pocos occidentales han oído hablar, y menos aún vistos con sus propios ojos, lugares hasta ahora libres de los aderezos, lujos y corrupciones de la civilización moderna. A través de escenas reales, apenas diferenciables de los episodios que Paul Bowles ha transformado en cuentos en sus numerosos libros, este gran maestro de la narrativa nos acerca a un mundo del que cada vez escuchamos hablar más, sin que por ellos deje de resultarnos misterioso y desconocido.

# **CABEZAS VERDES, MANOS AZULES**

Paul Bowen

Pocos jumblis deben quedar  
Y viven lejos, muy lejos de aquí:  
Tienen cabezas verdes y manos azules,  
Y en un cedazo se echan al mar.

EDWARD LEAR, *The Jumblies*

## Introducción

Siempre que visito un lugar por primera vez espero que sea lo más diferente posible de los sitios que ya conozco. Supongo que es natural que un viajero busque la diversidad y que sea el elemento humano lo que contribuye más a esa impresión de diferencia. Si las gentes y su modo de vivir fueran iguales en todas partes no tendría mucho sentido desplazarse de un lugar a otro. Con escasas excepciones, el paisaje por sí mismo no posee el suficiente interés como para justificar el esfuerzo que exige verlo. Incluso las obras de los hombres, a menos que se utilicen en la vida cotidiana, parecen perder su significado y asumir el aspecto de decorados. Lo que hace que Estambul merezca la pena para el forastero no es la presencia de mezquitas y de zocos cubiertos, sino el hecho de que todavía se utilicen como tales. Si el pueblo indio no tuviese su especial conciencia de la importancia de la disciplina espiritual resultaría abrumadoramente deprimente visitar la India, pese a sus joyas arquitectónicas. Y el norte de África, sin sus tribus —habitado por suizos, por poner un ejemplo— sería como California pero más desértica.

El concepto de *statu quo* es puramente teórico, a cada momento se producen modificaciones. Sería absurdo esperar que cualquier grupo de gente mantuviese sus características o su manera de vivir actuales. Pero el visitante de un lugar cuyo encanto radica en su carácter primitivo tiende a confiar en que se mantendrá así, sin pensar en cómo puedan sentirse quienes viven allí. Para quien busca lo pinto-

resco la difusión de las nuevas técnicas es pura y simplemente abominable. Pero hay cosas mucho peores.

Claude Lévi-Strauss mantiene la tesis de que, para seguir funcionando correctamente, el mundo occidental necesita librarse constantemente de grandes cantidades de material de desecho, que va a parar a los pueblos menos favorecidos. «Lo que primero nos revelan los viajes es nuestra propia basura, arrojada al rostro de la humanidad».

En el otro extremo del espectro ideológico están quienes consideran que toda descripción objetiva de la situación en los países subdesarrollados es propaganda imperialista. Como he recibido ataques desde los dos bandos, sé que escribir sobre estos países es un tema delicado. A propósito de uno de los textos recogidos en este volumen («Trampas para peces y asuntos privados») un súbdito británico residente en Ceilán declaró: «Otros autores han encontrado paz y belleza aquí en la vida sencilla de nuestros *coolies*». Por otro lado, cuando escribí «Mustafá y sus amigos», una francesa de armas tomar lo tradujo a su lengua, hizo doscientos ejemplares en multicopista y los distribuyó entre una serie de políticos musulmanes para que sirviera como ilustración de la típica actitud reaccionaria del norteamericano hacia los pueblos oprimidos.

A mi modo de ver, las gentes de culturas distintas a la nuestra se ven asoladas, no tanto por los subproductos de nuestra civilización como por el deseo irracional de sus propias minorías educadas de renunciar a ser ellos mismos y occidentalizarse. Los diversos cachivaches tecnológicos que forman nuestra «basura» constituyen los fetiches adecuados que contribuyen a la mágica transformación. Pero existe una diferencia entre permitir a un organismo que evolucione naturalmente y tratar de forzar el cambio. Numerosos regímenes poscoloniales intentan acelerar el proceso de europeización mediante campañas y decretos. Las formas de pensamiento tradicionales pueden destruirse a la fuerza, desde luego, pero lo que se necesitaría es que se transfor-

maran en otras formas viables que las suplieran, y esto sólo puede hacerlo la propia gente, de modo empírico. El vacío cultural ni siquiera genera nacionalismo, que al menos implicaría una cierta conciencia de identidad.

Dado que el comportamiento humano se está volviendo en todas partes cada vez más indiferenciado, los buscadores de *jumblis* tienen que extender el radio de sus búsquedas y volverse menos exigentes. Hoy en día para ser considerado *jumbli* no se necesita practicar la antropofagia ni la infibulación: basta con sacrificar solemnemente un coco o dejar caer un cúmulo de maldiciones en el jardín de un vecino. Podría ocurrir, como dice W. H. Auden, que «en un futuro no muy remoto sea imposible distinguir a los seres humanos de una parte de la superficie terrestre de los que viven en cualquier otra». Resulta tranquilizador imaginar que cuando llegue ese día estaremos en condiciones de considerar *jumblis* a los habitantes de un planeta próximo. Pero también existe la posibilidad de que nosotros seamos sus *jumblis*.

## Trampas para peces y asuntos privados

*Walideniya Estate, Ceilán*  
*mayo de 1950*

El paisaje no ofrece descanso, es un mar de colinas desordenadas que surgen abruptas. En todas direcciones tiene el mismo aspecto. Las colinas son protuberancias afiladas con una vegetación escasa, semejante a mechones de pelo, que apenas alcanza a recubrirlas. La mayoría son gomeros, y ahora el gomero inverna. El señor Murrow, el plantador, dice que dentro de una semana o dos las actuales hojas ocre serán sustituidas por hojas nuevas. Donde acaban los gomeros empieza el té. La tierra entonces parece descarnada. Por entre los bajos arbustos afloran rocas y de vez en cuando surge una morera de ramas caídas plantada para dar sombra.

En lo alto de uno de estos montecillos puntiagudos está el *bungalow*, cuyas dependencias se desparraman sobre la colina. Más abajo, al sudoeste, cayendo a pico, está el río con sus riberas de arena. Pero en la zona intermedia la escarpadura forma terrazas donde se ha plantado té y por el día se oyen constantemente las voces de los recolectores tamiles. Por la noche, en la orilla opuesta del río, se ven hogueras ante las chozas.

El aire quema y no se mueve una brizna de viento, la única tregua se produce a media tarde cuando llueve. Luego, al escampar, le quedan a uno muy pocas energías hasta que cae la noche. Sin embargo, entonces ya es demasiado



tarde para hacer otra cosa que no sea charlar o leer. Las luces están encendidas en el circuito de la fábrica de té. Cuando todo el mundo está en la cama el señor Murrow llama desde su mosquitero, a través de la puerta abierta de su dormitorio, a un tamil que espera fuera sobre la hierba. Cinco minutos después todas las luces se van apagando y la casa queda en absoluta oscuridad salvo por las lamparillas de aceite que hay sobre las repisas de los baños. Todo se deja abierto. Los dormitorios tienen postigos pivotantes, como las puertas antiguas de las tabernas del Oeste, que quedan a más de medio metro del suelo. Las ventanas carecen de cristales, solamente tienen cortinas de seda finísima. Durante toda la noche un vigilante descalzo, con un rifle del ejército echado al hombro, da vueltas en silencio en torno al *bungalow*. A veces, cuando hace demasiado calor para dormir, me levanto y me siento afuera en el porche. Una vez que ni siquiera ahí se movía el aire, saqué la silla a la hierba. El vigilante me vio en su primera ronda y emitió un gruñido que me pareció de desaprobación. Puede que no lo fuera. No lo sé.

Las noches se hacen interminables. Tal vez porque las paso tumbado despierto escuchando los ruidos desconocidos que hacen los insectos, pájaros y reptiles. A estas alturas ya sé más o menos adivinar la hora que es por la parte de la sinfonía nocturna en que nos encontramos. Al caer la noche hay algo que suena como si fueran cigarras. Luego empiezan las salamanquesas. (Hay toda una ciencia adivinatoria basada en los menores detalles de la conducta de estos pequeños lagartos; cuando la gente de la casa está todavía levantada se deslizan en silencio por las paredes y por el techo cazando insectos y hasta bien entrada la noche no empiezan a llamarse de un extremo a otro de la habitación). Más tarde se oye un ruido parecido al de un saltamontes pero bastante chirriante. A las tres de la mañana todos callan salvo un pajarillo cuyo canto es una sola nota de tono puro y timbre invariable. Parece que dos de ellos se

instalan siempre en la acacia que hay junto a mi habitación; procuran cantar siempre alternativamente, y el tono de uno está siempre un tono por encima del otro. Algunas mañanas, la señora Murrow me pregunta si he oído cantar a la cobra durante la noche. Nunca he podido contestarle que sí porque, a pesar de que me ha descrito cómo canta («como una moneda de plata al caer contra una roca»), no tengo una idea clara de qué debo escuchar.

Unas seis o siete veces al día bebemos un té oscuro muy cargado. El señor Murrow no necesita ningún pretexto para tocar la campanilla y pedirlo. A menudo, cuando a mí me parece perfecto dice que se lo lleven y traigan otro quejándose de que está mal preparado. Todo el té que se consume en la casa es de la parte superior de las hojas, y ha sido recolectado por el propio Murrow. Afirma que no lo hay mejor en el mundo, y debo reconocer que el sabor de esta infusión no se parece al de ningún té que haya tomado antes.

Los criados entran en las habitaciones haciendo reverencias tan pronunciadas que la espalda forma un arco, y levantan las manos por encima de la cabeza en actitud orante. Anoche se me ocurrió acercarme al comedor cinco minutos antes de la hora de cenar y la anciana señora Van Dort, madre de la señora Murrow, estaba ya sentada en su sitio. De pronto, en la puerta del porche que da a la cocina apareció Siringam, el más viejo de los criados, se inclinó dos veces con las manos unidas sobre la cabeza y anunció la llegada de la doncella con la comida del perro. La muchacha acercó el plato a la anciana y ella lo inspeccionó con gesto adusto. Luego ordenó en cingalés que se lo pusieran en un rincón al animal.

—Tengo que mirar siempre la comida del perro —me dijo—. Si no, los criados se comen una parte y el pobre perro cada vez se queda más flaco.

—¿Es que los criados tienen hambre?

—¡Pues claro que no! —exclamó ella—. Pero les gusta más la comida del perro que la suya.

El hijo de la señora Murrow, de un matrimonio anterior, vino a pasar la noche y trajo a su mujer, que es cingalesa. Ya me había contado con todo lujo de detalles cómo durante tres años se había opuesto al matrimonio debido a la raza de la muchacha. La señora Murrow pertenece a una clase que se llaman a sí mismos *burghers*, y afirman ser descendientes directos de los colonos holandeses que llegaron aquí hace dos siglos. Todavía no he visto un *burgher* de rasgos caucásicos, pero el componente cingalés siempre es perfectamente discernible. Resulta significativo que los *burghers* se sientan obligados a anunciar su condición a los recién llegados; la razón aparente es evitar que se les tome por «nativos». La tradición es que son europeos, y es un hecho que hay que aceptar sin rechistar. El hijo es un joven alto y de finos modales que lleva una casaca gris y tiene siempre las manos cogidas con fuerza, costumbre que le hace parecer víctima de una constante angustia interior. Es pastor de la Iglesia anglicana, pero esto no le impide ser políticamente de extrema izquierda. Disfruta sembrando la disensión entre sus feligreses con sermones en los que describe a los comunistas en los cielos ocupando puestos de responsabilidad. Me ha contado algunas anécdotas divertidas de su vida de profesor en las provincias más alejadas antes de ordenarse. Las que recuerdo de entre ellas se refieren a la extraña facultad que tienen los niños para hablar inglés de modo pasable ignorando el significado de las palabras que usan. Cuando preguntaron a uno que qué quería ser, si sastre o abogado, no supo qué responder. «Sabes lo que es un sastre ¿no?», le preguntó el señor Ciasen; el niño dijo que sí. También sabía las funciones de un abogado, pero no sabía contestar a la pregunta. «Pero ¿por qué?», insistía el señor Ciasen pensando en que a lo mejor le iban a salir con algún abstruso argumento de la filosofía budista. Pero el niño al final decía: «Conozco sastre y co-

nozco *abogado*, pero por favor, señor, ¿qué significa *ser*?». Otro niño escribió: «El caballo es un animal noble, pero cuando se enfada no lo hace tanto».

Cuando le preguntas algo a un cingalés que no conoce la lengua inglesa reacciona a veces de la manera más curiosa. Primero te lanza una mirada rápida, luego aparta la mirada y sus facciones se retraen en una expresión de agradable contemplación, como si tu voz fuese un recuerdo agradable pero lejano que le acaba de venir a la memoria y considera que merece la pena saborearlo brevemente. Tras entregarse durante unos segundos a este goce interior, sigue a lo suyo sin volver a mirarte, ni siquiera si insistes o esperas para hacer la pregunta de nuevo. Has pasado a ser invisible. En las fondas del país, donde el personal considera que debe organizar una especie de frente común, dicen: «Oh, oh, oh», en tono de conmiseración («oh» significa «sí») como si entendieran demasiado bien lo que quieres decir y evitaran añadir más por razones de decoro. Luego, agitan la cabeza de arriba a abajo y de un lado hacia otro, con un gesto que recuerda a un metrónomo moviéndose bastante de prisa, sin dejarte de mirar con sus ojos brillantes y escuchando educadamente hasta que has terminado de hablar, momento en que te dedican una sonrisa encantadora y se marchan. Los criados que hablan inglés insisten en llamarte «master», lo que resulta desconcertante, porque parece implicar algún tipo de responsabilidad por tu parte. Utilizan además la tercera persona de singular en lugar de la segunda. «¿Amo desea comer ahora?». Sin embargo, la generación más joven ha adoptado el más neutro «sir» (pronunciado «sar») en vez de «master», que recuerda demasiado a tiempos coloniales.

Hay aquí un tipo de víbora, larga, fina y de color verde, a la que le gusta tomar el sol en lo alto de los arbustos de té. Una de esta especie mordió hace poco a una mujer que recolectaba. El señor Murrow corrió a donde estaba y, cogiendo un cuchillo de podar, le cortó el extremo de la yema

del dedo y aplicó cristales de permanganato de potasio en la herida. De este modo la salvó, pero en cuanto recobró el conocimiento se fue inmediatamente a la policía y presentó una querrela acusando a Murrow de haber infligido un daño irreparable a su dedo. Cuando el investigador se presentó en la finca y escuchó los pormenores de la historia, le explicó a la mujer que seguía viva gracias a la rápida acción del señor Murrow; sin ello, ahora estaría muerta. El marido, que estaba presente en la audiencia, se puso en pie de un salto y le sacó un cuchillo al investigador, pero le impidieron que le causara daño. Cuando le redujeron, dijo entre gemidos al investigador: «¡Es usted insensato! ¡Me darían muchas rupias por ese dedo, y yo le daría la mitad!».

En los carteles de los servicios públicos de los pueblos, en lugar de decir *señoras* o *mujeres*, pone: *Orinales para hembras*.

Un rótulo de la fachada de un edificio de Akmimana: *Pasteles de bodas y otra cosa se ofrece para bodas en el momento oportuno*.

Otro, en Colombo, decía: *Tónico del doctor Rao: una medicina divina*.

Un *burgher* que trabaja en la agencia de viajes del Gran Hotel Oriental y que me había visto cuando llegué por primera vez, al acercarme por allí semanas más tarde me dijo:

—Está usted perdiendo el color.

—¿Cómo? —exclamé incrédulo—. ¿Después de tanto tiempo al sol? Pero si estoy mucho más moreno que antes...

El hombre parecía un poco confuso.

—Pues eso es lo que digo. Que está perdiendo su color —insistió con calma.

## Kaduwela

La fonda de Lunawa era un lugar desapacible, situado justo frente a la estación de ferrocarril en mitad de una explanada de hierba reseca, cocida y expuesta al sol. En la celda de cemento que me asignaron era imposible aislarse del alboroto que armaban los otros inquilinos, que resultaron ser extremadamente bulliciosos. La habitación contigua a la mía estaba ocupada por un grupo de ocho hombres, que se pasaron toda la tarde soltando carcajadas y haciendo risitas. Cuando pasaba por delante de su puerta podía verles tendidos en *sarong* en dos camas que habían juntado. En el comedor la radio no dejaba de tronar con el volumen al máximo. La comida era pésima y, al no haber mosquitero en mi cama, me hallaba sin protección contra los minúsculos insectos que constantemente me rozaban la cara en la oscuridad tratando de meterse conmigo bajo las sábanas. Cuando por fin llegué al estado de nervios que habían estado tratando de provocar, me levanté de un salto, me vestí y eché a correr dejando horrorizado al niño que estaba tendido en una estera ante la puerta principal. También él se levantó y se metió en una habitación interior para avisar al dueño. Mientras yo corría por la hierba en la oscuridad, me gritaron a la vez:

—¿Amo marchar?

—Vuelvo. Yo volver —grité yo, y me encaminé a paso rápido hacia la laguna. Cuando llegué al puente me quedé un rato allí de pie. El agua estaba completamente quieta y había docenas de llamas rosáceas derritiéndose en lámparas justo en la superficie, cada una con su reflejo inmóvil. Y cada lámpara iluminaba un complejo andamiaje de palos de bambú; las pálidas construcciones desparramadas sobre la negra superficie del agua parecían endebles altares y el hecho de que yo supiese que eran nasas no las hacía menos extraordinarias ni menos hermosas. Rompiendo el silencio comenzaron a oírse los latidos de un tambor en una orilla lejana. Al cabo de un rato apareció un ciclista que, al pasar junto a mí, me enfocó la luz a la cara. Al verme allí de

pie en aquel lugar se asustó y se alejó pedaleando por el puente como un poseso.

Seguí andando hasta el cruce de Lunawa, y me detuve allí en la carretera para escuchar la música tamil que se oía en la radio de un «hotel» (lo que los Cingaleses llaman hoteles no son más que casas de té con tres o cuatro mesas y un espacio diminuto detrás de un biombo o una mampara donde hay unas esteras en el suelo para quien desea descansar). De vez en cuando pasaba alguien y se me quedaba mirando; sin duda me consideraban objeto de gran interés. Los europeos nunca se presentan de noche en sitios de esta clase. Luego, cuando me senté encima de un colector me convertí en el centro de un semicírculo de individuos — algunos de ellos vestidos sólo con taparrabos— con melenas que les llegaban hasta media espalda. De nada servía que me hablaran en cingalés, pero seguían intentándolo. Al final, apareció uno que hablaba inglés y me retó a que le echara una carrera camino adelante. Rechacé la invitación diciendo que me hallaba muy cansado. Era cierto, era pasada medianoche y empezaba a echar de menos un sitio confortable en los alrededores donde recostar la cabeza. El que hablaba inglés me dijo entonces que, aunque estaban todos durmiendo, se habían levantado al anunciar alguien que había un forastero en la carretera. Cuando estaba sentado allí haciendo lo posible por mantener una conversación educada, se aproximaron tres hombres, algo mayores y con túnicas blancas, que, al ver el gentío, se detuvieron. Era evidente que pertenecían a una categoría social superior y que no les gustaba nada lo que estaban viendo. Uno de ellos, que rápidamente se convirtió en portavoz de todos, avanzó, señaló a los individuos de ojos alocados y largas melenas, y dijo: «Son perdidos». Hice como que no entendía, y entonces los tres se pusieron a repetir a coro las mismas palabras, acentuando del mismo modo cada sílaba. Yo estaba tan fascinado con aquello que, sin darme cuenta, fueron desapareciendo en la oscuridad casi todos los nudis-